

luna que llora. Pudo haberlo suprimido sin perjuicio del dramático desenlace.

“Ño Jacinto” es la tragedia del campesino que envejece curvado sobre los surcos y termina su vida en resignado y silencioso aislamiento. Samuel, el hijo, lo visita intempestivamente después de larga ausencia. El viejo lo escucha, casi sin hablar: “Prefería sentir lo que pasaba dentro de su ser: ideas de luz, golpes de sombra, varillazos de alegría, choques de dudas y certezas, en un rodar vertiginoso”. Y el desenlace nos golpea con crudo realismo; el hijo roba a su padre sus únicos bienes materiales: una manta y una cama. “Ño Jacinto” es un cuento que no se olvida fácilmente y que por sí solo puede prestigiar a un libro y a su autor.

Nueve cuentos o relatos forman el último libro de González Labbé. En ellos permanece fiel a su realismo sin estridencias, a su expresión mesurada, a su predilección por los temas vernáculos, en cuyos predios transita con pasos firmes y seguros el hombre que sabe hacia donde conducen sus senderos.

Desde el punto de vista estético y humano, *Algo pasa en las aldeas* representa un valioso aporte a las letras nacionales. Al leerlo, tenemos la impresión de que el autor no inventa nada, que ha escrito literariamente la realidad que sus ojos sagaces y su sensibilidad despierta captaron a través del tiempo y del espacio en un pueblo chico o en una aldea grande. El arte —según la definición de Emilio Zola— no es más que la realidad vista a través de un temperamento. En este caso, una aldea chilena adquiere contornos universales mediante el talento creador de este escritor chepicano.—
Gonzalo Drago.

■

“ENTRE EL OLVIDO Y EL SUEÑO”, de *Mario Dazán*

Pulcramente editado por la Escuela Nacional de Artes Gráficas, acaba de aparecer *Entre el olvido y el sueño*, primer libro de

un joven poeta provinciano: Mario Dazán. Su nombre, desconocido hasta ahora, será mencionado en el futuro en esa pléyade de poetas que están entregando sus mejores frutos para enriquecer la poética nacional, entre los que se cuentan Antonio Campaña, Rosenberg, Molina Neira, Miguel Arteche, Fernando Colina, Pablo Guíñez, para nombrar únicamente a los que acuden a nuestra memoria en el instante de redactar estas líneas.

Como dice el prologuista Juvencio Valle, poeta que a los veinte años no llora su desolación increpando sordamente contra el destino, es ya un poeta de excepción. A los 23 años, Mario Dazán nos entrega un puñado de poemas de una pureza estética y de una temática variada y ricos matices, que lo revelan como un lírico con pleno dominio de su estro poético.

Para penetrar en la poesía de Mario Dazán, debemos despojarnos ritualmente de nuestras pedestres sandalias de caminantes y encaminarnos por los dominios íntimos e imponderables hasta acercarnos a la cisterna pura y sensitiva de donde proceden sus poemas. *Entre el olvido y el sueño* no es una obra para círculos limitados, exclusivista, destinada a los iniciados en "ismos" literarios. Su voz es alta, pura, humana.

"Son Dormido" acoge al lector en la primera página con sus tres breves estrofas, suficientes para darnos la cabal comprensión de que estamos frente a un poeta de excepción. Dazán no hace concesiones a la vulgaridad, al adocenamiento, a la fácil rima, medida que lo aleja de todo ripio y libresco amaneramiento en su expresión poética. "La lluvia retumba — tocando su clave: El hombre en el sueño — camina distante". Nada más. El hombre, con todo su cterno bagaje de esperanzas, dolores y alegrías, camina en el sueño como un sonámbulo con su sensibilidad ágil y despierta.

Entre el olvido y el sueño, con sus veintidós poemas, puede dividirse en dos grupos principales: elementales y elegíacos. Pertenecen al primer grupo "Secreta flor", "Elegía de la hoja", "Viento cayendo", "Verde ser", "Araucaria" y "Trigo muriendo". Hijo de

una región agraria, donde el campo irrumpe victoriosamente sobre la ciudad con sus álamos bailarines, sus durazneros en flor, inundándola con su fragancia a trigos traída por el viento, Mario Dazán no podía substraerse al llamado de la naturaleza. Y escuchando y obedeciendo a ese mandato íntimo y secreto, nos ofrece sus poemas en que la tierra, el viento y los seres vegetales nos descubren sus vivencias a través de su lenguaje creador.

El poeta, en el segundo grupo, paga tributo al amor, tema eterno e inagotable desde los comienzos de la literatura y abierto hacia el futuro mientras exista la mujer. Frente al hechizo femenino y su complemento de olvido, Mario Dazán se interroga bellamente:

¿Cómo no ser también

yo un pájaro en tu vuelo y en tu fuga una huída?

¿Cómo no perseguirte si eran miel tus cabellos

dormidos en la manta verde de los viñedos?

(“Amor igual al aire”)

Lector asiduo, serio admirador de la nueva poesía española, Mario Dazán ha depurado su gusto y refinado sus sensaciones en una constante y solitaria superación artística. Se advierte en sus poemas una moderada cantidad de metáforas e imágenes, usadas sin rebuscamientos y sin llegar jamás al retorcimiento angustioso y torturante de algunos creadores desconcertantes. “Porque te apareciste vestida color de aire” (“Amor igual al aire”). “La pálida pantalla del crepúsculo lento” (“Compás y Corte”). “Éramos azules y soñadores; verdes y pensativos. También fuimos encendidos de crepúsculos callados — y lunados por el cielo y sus estrellas marinas” (“Aguamar”, IV).

Un análisis más profundo de este bello libro de poemas, exigiría un espacio más extenso del que podemos disponer. Bástenos agregar que consideramos a Mario Dazán como uno de los valores

más destacados de la reciente generación de poetas chilenos. Su juventud, su vocación y su insobornable entusiasmo y lealtad consigo mismo, lo conducirán lejos.—*Gonzalo Drago.*



“GENTE DE MI TIEMPO”, editorial Nascimento, y “PAISAJES Y GENTES DE CHILE”, editorial Zig-Zag, dos libros de Luis Durand

En el brevísimo lapso de dos meses, Luis Durand ha lanzado a circulación dos libros de extraordinaria amenidad que han, lógicamente, encontrado en el público la amplia acogida que ellos se merecen. Durand se ha colocado de esta manera a la cabeza de la actual generación de novelistas chilenos en lo que a fecundidad se refiere; ya estaba en la primera fila en algunas otras virtudes y cualidades.

Gente de mi tiempo es un libro directo, ingenioso, lleno de humor y de espontaneidad, de una importancia documental inmensa para los futuros historiadores o cronistas de la vida literaria chilena en esta primera mitad del siglo. Es una obra de *petite histoire*, en lo mejor que este difícil género posee. La capacidad de narrador, de hombre que “sabe contar” una anécdota y sacar el zumo profundo de un episodio aparentemente insulso, la muestra y demuestra Durand en cada página de esta obra. En el denso y movido desfile de caracteres y figuras que como en una cinta cinematográfica pasan y repasan ante los ojos del lector, aparecen las características esenciales de la *intelligentzia* chilena en sus aspectos positivos y negativos. El cuadro no es, en general, halagador para los hombres de pluma. La generosidad del autor, que hubiera querido seguramente poner de relieve grandeza allí donde la haya, pasión artística, benevolencia de juicio, ecuanimidad y otras cualidades positivas, encuentra poco campo donde derramarse. A pesar de la bonhomía de Durand y del tono ligeramente socarrón, un sí es no